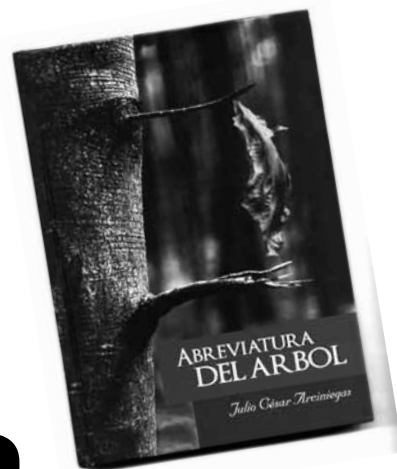


SINFONÍAS PARA DIALOGAR CON LOS ÁRBOLES



Carlos Arturo Gamboa Bobadilla



Austedes hablo caballeros que aún intentan Probar el acento, la picazón o el tormento de Mis hojas.

J.C. Arciniegas

La poesía es diálogo profundo, motivo y búsqueda. Es búsqueda de nuevos significados a partir de la transfor-

mación semántica de la palabra. Es motivo de trasgresión de la realidad para re-construir un nuevo lenguaje, y es diálogo permanente con el «todo» constitutivo del universo. En ese sentido Julio César Arciniegas, en su poemario "Abreviatura del árbol" nos adentra en los intersticios de ese diálogo que él, como interlocutor per-

manente con la naturaleza, logra tejer con el símbolo central de esta obra: el árbol, testigo inmemorial del hombre, que conoce y predice sus derroteros. El árbol ya existía antes del hombre y existirá después de él.

Podría decirse, a manera de juego metafórico, que el poeta nos presenta un árbol total, dotado de 38 ramas que se bifurcan en millones de hojas, cuyo sentido final es dado por cada palabra escogida para recrear la memoria final de ese diálogo. Ser capaz de entablar una conversación con el árbol, es decir con la esencia de la naturaleza humana, es tener acceso a las múltiples formas de «otro lenguaje» y por lo tanto le es concedida la posibilidad de lo profundo y así el poeta: *Lee imágenes transportadas a lomo de hormigas*. Sólo un poeta que habita la belleza puede intentar descifrarla.

Ahora bien, si el árbol es el epicentro, la isotopía fundante de este poemario, de él se extienden las múltiples polisemias posibles para el lector, porque desde él se teje un misticismo latente. En el árbol habita el hombre y habita Dios, pero sin dejar de ser árbol. En ese sentido se reconstruye una metáfora dual y así Arciniegas lo entiende y lo poetiza: *Se murmura que existe un sitio donde se escucha la otra vida de los árboles extraviados*. Sin embargo, del tronco de un árbol se pueden construir objetos para potenciarlo o derribarlo, y de igual manera



el hombre puede ser dios creador o dios depredador, por eso nos dice en Augurios:

La noche es el miedo de los árboles,

A la incisión y desgaje del metal,

Al punzón, al tronco vuelto

asta y cuerno,

*Al duro sueño de los establos
disolviéndose,*

En cenizas, al añejo ruido de la savia,

Su veloz paso de zumo a triste alcohol,

A la costumbre del aceite.

Y desde las hojas del árbol se teje la esperanza, porque no es el poeta el que habla por el árbol, es el árbol que ahora se mixtura en el poeta: */El árbol confundido empieza a reconstruir la/ irrealidad que crece en su memoria/, y es a partir de la flor, ese /descuido de una ley, la trampa del vino, la evidencia del fruto/, que nos presenta la posibilidad de recuperar el sentido del hombre en el mundo y cierra la plegaria: Amen a la flor que inventa la memoria.*

Por otro lado, la construcción del poemario exige del lector bucear los abismos del lenguaje, nada le está dado de manera coloquial, la narrativa poética provoca los sentidos y exhorta a la connotación de variados simbolismos, repetidamente los poemas abren una posibilidad de descubrimiento y se cierran con una posible respuesta que a la vez privilegia la duda, porque no es fácil descubrir las profundidades

semánticas del árbol, al fin y al cabo es él quien proporciona la re-escritura del mundo natural y hasta ofrece el papel para expresarlo. Esto tal vez lo sabe el poeta o su interior lo intuye.

Dice el poeta, al titular la obra, que es una abreviatura, porque en estos textos Arciniegas nos deja el zumo de un extenso diálogo, la decantación de sus largas contemplaciones, y de manera implícita sirve como provocación a re-aprehender ese lenguaje oculto pero no vedado a una estética de la palabra. Vicente Huidobro en su *Arte Poética*, invitaba a hacer florecer la rosa en el poema, Arciniegas nos devela el árbol, nos enseña el fruto de su asombro y a través de su propuesta

nos deja claro que: */Un árbol entra en otro/ y tiene que aprenderlo todo; / llevado a otra dimensión ingresa en la hilera/ de las luces/.*

Con este poemario, el poeta tolimense obtuvo el Tercer Premio Nacional de Poesía Porfirio Barba Jacob 2007, sin embargo decir que un poeta ganó un premio es circunstancial, pero alienta la esperanza saber que una obra de alta exigencia estética, para el creador y para el lector, lo hubiese logrado.

